

manifestaba enterado de lo que el gobierno había dispuesto sobre recursos, y aunque le avisaban que dentro de dos horas le entregarían \$30,000, á las nueve de la noche no había recibido más que \$16,000, y completaba los 30 hasta la mañana del diez, cuando el enemigo, repuesto de su pánico momentáneo, pernoctaba en Quecholac y avanzaba camino de Orizaba sin temer nada de los nuestros.<sup>1</sup>

¡Y cuando Zaragoza, no cuenta con gente, ni con trenes, ni con recursos, ni siquiera con rancho para sus sufridas tropas<sup>2</sup> le exige el Sr. Bulnes que salga á batir á campo raso á un enemigo valiente, instruído, rápido en sus movimientos, deseoso de vengar un descalabro que creía obra de la casualidad, y disciplinado y bien provisto como no lo estuvo jamás el mexicano!

Me dirá el Sr. Bulnes: «pero Zaragoza pudo haber vivido sobre el país, impuesto préstamos, inventado contribuciones y aprovechándose de la buena voluntad de la población.»

Esas cosas se logran cuando las ciudades son amigas ó indiferentes; nunca cuando son enemigas: las mayores exacciones, los actos más horribles de tiranía, no alcanzan nada cuando tropiezan los ejecutantes con la sordidez y el espíritu hostil de los vecinos. Ya lo anunciaba así el jefe del ejército de Oriente: «En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí, porque esta gente es mala y sobre todo muy indolente y egoísta. . . . ¡Que bueno sería quemar á Puebla! Está de luto por el acontecimiento del día 5. Es triste decirlo, pero es una realidad lamentable»<sup>3</sup>

«Según he podido ver en un informe que manda á su gobierno el cónsul de Prusia, en Puebla, la ciudad estaba consternada al día siguiente de nuestro fracaso, y triste y silenciosa, se hallaba muy distante de participar de la satisfacción de las tropas mejicanas. Por cartas procedentes de Puebla, sé que se ha fusilado á más de diez personas á fin de intimidar á quien quisiera, como ellas lo intentaron, hacer demostraciones en favor nuestro.»

1 Telegrama de Zaragoza en *Batalla del 5 de Mayo de 1862*, págs. 13, 14 y 15.

2 Apenas el 15 de Mayo anunciaba el Ministro la pronta salida de víveres y provisiones.

3 Zaragoza al Ministro: *Batalla del 5 de Mayo en Puebla*, pág. 13.

4 Napoleón III á Forey. En *Niox*, op cit, pág. 213.

¡Desgraciado país si hubiera confiado su suerte al Sr. Bulnes! Primero le ordena que para defenderse no levante ejércitos; luego le determina que, en el caso inverosímil de que llegue á formar tropas regulares, no consienta ningún jefe que

## JUAREZ, ORGANIZADOR.

Figúraseme el entendimiento del Sr. Bulnes, á esas cohortes de criados que rodean á los déspotas orientales: uno le lleva la capa, otro le mulle los cogines, un tercero le enciende la pipa y un cuarto le sirve el café; pero ni por todo el oro del mundo el comisionado para cargar el narghilé, se decidirá á vestir al soberano ó á llevarle en el palanquín. Así nuestro autor: suele apreciar bien los detalles, hacer descubrimientos atinados, discurrir correcta y sutilmente, pero á la hora de considerar los conjuntos, los árboles le impiden ver el bosque y empieza á contemplar todo por fracciones, como si su catalejo histórico fuera de esos telescopios minúsculos que necesitan se les varíe la orientación á cada vez que se trata de observar una pulgada de cielo.

Por esa deficiencia suya, el Sr Bulnes incurre en un sofisma curioso en todo su libro, y es el dividir, el seccionar, el partir en innúmeras fracciones la personalidad de Juárez. Le juzga por su actitud ante la intervención y el imperio, y cree que ya conoce y ha dado á conocer, al indezuelo desvalido, al estudiante aplicado, al catedrático, al gobernador, al diputado, al ministro, al autor de las leyes de reforma, al cabeza de partido victorioso, al presidente que batalla con la rapacidad de los agentes

las rija. En 1900 (*Porvenir de las Naciones hispano americanas*, pág. 143) mandaba el Sr. Bulnes sujetar á consejo de guerra á Zaragoza porque no había acabado con los franceses obligando á sus soldados á combatir á aquellos sin elementos de guerra, sin dinero y sin rancho. En 1904 envía ante otro consejo de guerra (*Verdadero Juárez*, pág. 161) á Gonzalez Ortega por el fracaso del Borrego.

De este modo, mandando generales al consistorio y al patíbulo, no habría tardado el Sr. Bulnes en dar cuenta de la defensa nacional: al que triunfara se le haría á un lado porque no había volatilizado al enemigo reduciéndole á gases impalpables; al que perdiera se le mataría porque no había sabido ganar. ¡Medrados habrían estado Juárez y sus amigos si se hubieran echado un consultor como el Sr. Bulnes!

Una curiosidad: ¿dónde aprendería el Sr. Bulnes eso de que en Roma los cónsules vencidos se suicidaban ó eran muertos por la plebe? No sé que se hayan hecho tales justicias con Flaminio, ni con Scipión, ni con Marcelo, y sí recuerdo que cuando el cónsul Varrón fué vencido en Cannas, los magistrados salieron á recibirle y á darle las gracias porque no había desesperado de la salvación de la patria. Tendría deseo de conocer los nombres de los generales linchados en Roma, en la época de la república.

diplomáticos, y al jefe de estado que trata de rechazar al francés. Y hace mal, pues sólo la reunión de estos individuos forma el *Verdadero Juárez*, que hay que estudiar, disecar, analizar y mostrar á admiración ó á la censura de las gentes. Pero el Sr. Bulnes no se limita á dividir, sino que subdivide, separa, disgrega y fracciona, sin que llegue nadie á encontrar razón ninguna para esa serie de desmenuzamientos.

Nada menos la acción militar en la campaña la considera en dos partes distintas: desde el desembarco de los aliados hasta la rendición de Puebla, y desde la rendición de Puebla hasta la de Querétaro. ¿Por qué? Porque en su concepto la responsabilidad de la segunda parte de la campaña correspondió exclusivamente á los generales Díaz y Escobedo, que formaron dos grandes mandos independientes en el Norte y en el Oriente.

Nada puede haber más falta de fundamento que tal aserción. Si tomamos el dicho del Sr. Bulnes al pié de la letra, como debemos tomarle, resultan dos cosas igualmente inadmisibles: que el día 1º de junio de 1863 aparecieron armados y listos ya para entrar en combate, los ejércitos del Norte y del Oriente, y que Díaz y Escobedo no volvieron á tener comunicación con Juárez ni á tomar órdenes suyas; y sin embargo, la dilatada y laboriosa gestación de los dos cuerpos de tropas no dejó sin jefe á la campaña, ni Díaz en el Oriente, ni Escobedo en el Norte, ni Corona en Sinaloa, ni Régules en Michoacán, llegaron ya no á desconocer la autoridad de Juárez, pero ni aun á obrar independientemente de sus determinaciones. La comunicación era difícil (tenía que hacerse por medio del ministro mexicano en Washington), complicada la ejecución de las órdenes, dilatado y penoso todo el servicio, y sin embargo, Juárez era obedecido sin réplica en lo que atañía en la dirección suprema de los asuntos militares.

Así, pues, no es posible poner frente á frente al primero y al segundo Juárez, á Juárez antes del 63 y á Juárez después del 63: Juárez, director de la campaña anti-intervencionista, es uno y el mismo, y si se hace comparaciones entre la defensa que dirigió y la que encabezó Santa-Anna, el parangón tiene que ser integral y no fraccionado, tomándose en cuenta todas las circunstancias que precedieron y acompañaron á los sucesos y no solamente algunas de ellas.

Pero suponiendo que tuviéramos ahora que dividir á la fuerza la personalidad de Juárez, yo sostengo que la etapa en que es ver-

daderamente responsable, empieza después de su salida de la capital.

«El jacobinismo se caracteriza por su odio á todo poder ejecutivo personal. «La constitución de 1857 es magníficamente jacobina porque no considera al Ejecutivo como verdadero poder.» «El ideal jacobino consiste en que el poder Ejecutivo sea esclavo fugaz y deleznable de una asamblea omnipotente.<sup>1</sup>»

El Sr. Bulnes ha llamado al cuarto congreso la mayor calamidad que pudo haberse desencadenado sobre la república: yo me aparté de tal opinión, pues si ese congreso impidió á Juárez gobernar bien, el tercero puso en peligro la existencia misma de la nación por su prurito de fabricar un «Ejecutivo esclavo fugaz y deleznable de una asamblea omnipotente.»

Si Riva Palacio y D. Ignacio Ramírez, no hubieran demostrado con diferentes actos suyos que de veras amaban á su patria, qué duros comentarios podrían hacerse de su conducta en la Cámara, cuando vociferaban desde la tribuna, con aire de Sparafuciles, que no le importaba á Mejico la agresión de tres naciones; que podían venir juntas ó separadas todas las del orbe y ni aun así nos sentiríamos apurados . . .

Cada petición de facultades extraordinarias provocaba una inmensa agitación en el congreso: se pronunciaban discursos incendiarios; salían á relucir Solón, Marco Antonio, Fabio Cunctator, Valerio Máximo y toda la vieja utilería greco-romana que hoy (ya flácida y deslucida) se exhibe apenas los 16 de septiembre en pueblos de quinto orden.

El Sr. de Zamacona<sup>2</sup> que por una rara anomalía se declara ministerial decidido, pronuncia un discurso en defensa de la constitución, preguntando si solo es buena en los primeros días del triunfo del partido liberal, cuando se baila en los saraos y se brinda en los festines; y cree que es deber del congreso demostrar con la práctica que *la constitución puede observarse en los días serenos lo mismo que en los borrascosos*; que conforme á ella pueden emplearse las facultades del gobierno en cuanto sea necesario y que

1 Francisco Bulnes. Contestación á los impugnadores de su discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, el 21 de Junio de 1903.

2 Estas citas están tomadas del *Diario de los Debates del Congreso de la Unión* correspondiente á las sesiones de diciembre del 61, mayo del 62, y mayo del 63.

es falso el cargo que se hace sin cesar á los constituyentes del 57, pues hay en el código fundamental artículos muy aplicables á la situación actual de la república.» ¡Pobre gobierno aquél en que sus campeonos tienen semejantes ideas!

La prórroga de las facultades en mayo del 62 tropezó con mayores obstáculos. Cuando los soldados de Zaragoza, débiles y desahogados, se batían en Acultzingo y corrían, mediante una admirable retirada, á encerrarse en Puebla, los legisladores no pensaban sino en su Montesquieu, en su Raynal y en su Benjamín Constant, haciendo disertaciones sentimentales, metafísicas y mazacutadas, sobre la división de poderes, sobre los peligros de la dictadura y sobre el puñal que Bruto llevaba escondido para hundirle en el corazón de quien aspirara á la tiranía . . . Y en esta indigna farsa sólo había un hombre que sufriera lo indecible: Juárez;— Juárez, que á semejanza de aquél actor bizantino que veía llegar por el mar la flota que había de destruir la ciudad en que habitaba, hacía un ademán de suprema desesperación, que los espectadores (ignorantes del peligro, porque estaban colocados de espaldas al puerto) tomaban por un gesto de arte supremo . . . . .

Todo era execrar al tirano, hablar de la constitución y de la ley. El C. Ruiz (Joaquín) calificaba el decreto de anticonstitucional, de contrario á los artículos 29 y 50 de la ley fundamental. No debía investirse á nadie de una autoridad despótica é ilimitada . . . . .

El C. Ruiz (Manuel) declaraba que había principios que debían mantenerse inalterables, que el congreso no puede delegar el poder legislativo, porque esto es hacer que la nación abdique su soberanía; (sic) que lo que se proponía era lo mismo que criar una dictadura más terrible que cuantas conocieron los romanos y que cuantas habían pesado sobre Méjico en sus tiempos peores: que era proclamar la impotencia de las instituciones y adherirse al artículo 3º del plan de Almonte . . . . . El C. Talancón no pronunció discurso, pero presentó un voto particular que puede arder en un candil: «El amor vehemente, escribe, que tengo á las instituciones que nos rigen y el deseo de que se mantengan incólumes sin perder su prestigio; el horror que me inspira la dictadura, aunque sea ejercida momentáneamente, y por último LA INOPORTUNIDAD CON QUE SE PIDEN LAS FACULTADES EXTRAORDINARIAS HALLÁNDOSE REUNIDO EL CONGRESO . . . me obliga á votar contra el gobierno.»

Fué menester que D. Juan Antonio de la Fuente, Secretario de Relaciones y de Gobernación, declarara que el ministerio hacía

*negocio de gabinete* aquél importantísimo asunto, para que pudiera pasar sin más dificultades.

Pero cuando vino no la indignación, sino el desconcierto, fué en los días de la caída de Puebla, al pedir el gobierno la prórroga de las facultades. Es cierto que Zamacona, Zarco y Pérez, se adherieron al parecer del ministerio, mas la oposición fué tal, que, según un periódico de la época, se pronunciaron treinta y nueve discursos en contra, siete en pro, hubo dos votos particulares, las discusiones duraron diez y siete días y la última concluyó á las tres de la madrugada, después de tres enormes oraciones de Zarco, Zamacona y de la Fuente—una por barba.

La mayoría de la comisión, que estaba representada por los Sres. Olaguibel, Bautista, Buenrostro, Fernández, y Ortíz decía esto en su dictamen: «Así, pues, bajo esto precedente y teniendo á la vista el código fundamental, único que debía normar nuestros procedimientos, encontramos que ese mismo código, en su artículo 29, previó el caso de invasión y perturbación de la paz pública, en que se encuentra la nación, y los recursos que adoptó á este propósito bastan para la salvación del país, sin que tengamos que continuar por la extraviada senda que se ha seguido.» Concluía la comisión proponiendo un temperamento medio; pero ni aun semejante cosa se adoptó. En la sesión del 15 de mayo, el C. Galindo habló contra el dictamen por juzgarle restrictivo; en la del 16, el C. Ramírez (Ignacio) llevó la voz de la oposición, declarándose en contra de las facultades extraordinarias y pronunciando un bellissimo discurso; mientras que el austero Talancón formaba rancho aparte y hacía saber *urbi et orbi* que estaba contra todos cuantos quisieran contemporizar con el gobierno.

Reprobado el dictamen se pasó á deliberar sobre el de la minoría, que fué atacado acremente por Ramírez, Ruiz, Marroqui, Gardet y Galindo: las votaciones quedaban en favor del gobierno por mayorías de diez y quince diputados. Durante esta discusión se presentó el voto particular de Mucharraz, que sería el padrón de ignominia de ese insignificante, si no fuera el programa neto y claro del más desahogado jacobinismo: «UN GABINETE, decía el pobre señor, EN EL APOGEO DE SU JUSTIFICACIÓN, NO PUEDE OFRECER MAYORES GARANTÍAS QUE UN CONGRESO, CUERPO COLEGIA-DO, DEPOSITARIO DE LA CONFIANZA DE TODA LA NACIÓN . . . .»

Mas suponiendo que Juárez no hubiera luchado con un parla-

mento hostil (obstáculo que no tuvo el dictador Santa-Anna) habría llevado en contra dos elementos verdaderamente abrumadores: el agotamiento del país por la guerra recién transcurrida y la enemiga del clero y del partido conservador.

Desde 1859<sup>1</sup> exponía así la situación el general Marquez y cuenta que con los tres años transcurridos, lejos de mejorarse el cariz de las cosas, había empeorado por la continuación de la guerra: «La agricultura no existe . . . porque la devastación, el pillaje y el incendio han hecho desaparecer no sólo los giros, no sólo los negocios mejor sistemados, sino hasta lo material de las fincas rústicas. Por la misma razón no existe la minería . . . La industria fabril desaparece por falta de consumidores que hagan el comercio, y este se encuentra en una absoluta parálisis, supuesto que ningunas garantías se tienen para recorrer los caminos públicos, ni siquiera para mantener una correspondencia seguida con población alguna, aun de las muy inmediatas . . . Esto ha cegado todas las fuentes de riqueza pública, hasta el grado de que la sociedad presenta ya un cuadro de verdadera miseria y amenaza con un porvenir preñado de funestidades sin cuento. El sistema de hacienda no se plantea sino en la capital y los suburbios, resultando de aquí que el erario público está completamente exhausto, y para hacer ingresar á el pequeñísimas sumas, es indispensable hostilizar á todas las clases, que demandan á gritos un respiro, y que con una oposición puramente negativa, hacen, sin pensarlo tal vez, una guerra sorda, pero terrible á la buena causa . . . Ha llegado la vez de no poder contar con la subsistencia del día presente y menos proveer para la de mañana. *La clase de tropa apenas está socorrida uno que otro día*, y frecuentes son aquellos en que los señores jefes de los cuerpos, sin pan para sus soldados, tienen la precisión de comprometer su crédito personal . . . para proporcionarles un mezquino alimento. Los señores jefes y oficiales, en meses anteriores, *recibían una mitad ó una cuarta parte de su haber; hoy ni esto reciben*; y sin embargo, han emprendido repetidas marchas, *algunos casi descalzos, muchos á pie y todos con hambre*; sujetos á privaciones que hacían insoportables las fatigas de la más insignificante campaña . . . »

Y la prueba de que la situación seguía siendo la misma en 1862,

<sup>1</sup> Exposición de Márquez á Miramón, acerca de las causas porque disponía de una conducta de caudales. En Cambre, *La Guerra de tres años*, págs. 320 y sigs.

la hallamos en los franceses que estaban en Méjico por esos días: «Ayer llegó el ejército de Márquez,<sup>1</sup> que llevaremos en nuestra compañía hasta Perote. ¡A esto le llaman ejército regular! Cuando uno le ve se pregunta qué significado tiene la palabra irregular. Este agregado de canallas harapientos se halla á nuestro sueldo. ¡Lucidos estamos con semejantes aliados!»

«Cuanto hasta ahora hemos visto de Méjico, es muy triste: bajo el aspecto material, una miseria profunda; y, sin embargo, atravesamos un país todavía no devastado por la guerra. Bajo el aspecto moral, el robo y el asesinato organizados. Basta con cinco ó seis individuos para hacer temblar á una población de dos ó tres mil almas. Las leyes resultan impotentes para reprimir semejantes monstruosidades . . . En este país todo el mundo tiene ya la costumbre de considerar natural que le roben.»<sup>2</sup>

«El espectáculo que Méjico presenta en todos cuantos puntos hemos recorrido, es el de una inmensa tristeza. Por todas partes, ruinas, ladrones y un pueblo cobarde y sin vigor, que se deja dominar por un puñado de tunantes. Bastan cinco ó seis guerrilleros para extorsionar, robar, incendiar y hacer temblar á una población de mil doscientas á mil quinientas almas. Por eso las gentes que habitan en los lugares por donde pasamos, se abstienen de prestarnos auxilio, temerosas de proporcionar pretexto á los guerrilleros para que acaben con ellas luego de nuestra partida.»<sup>3</sup>

«Es imposible<sup>4</sup> llegar á figurarse nada más heterogéneo ni más raro que esta colección de astrosos, que tratada con mucha consideración apenas podía ser vista como una guerrilla derrotada . . . Nuestros zuavos se acercaron á los infelices que habían quedado á la entrada del lugar, y chapurrando español, no tardaron en enterarse del motivo oculto de la desertión: *falta de sueldo y de comida* era lo que explicaba la presencia de Gálvez en el campo francés. Por lo demás, el rostro pálido y las mejillas sumidas de los hombres y el estado diáfano de sus caballos, eran otras tantas pruebas de que la vigilia y el ayuno formaban desde hacía tiempo el régimen ordinario de estas pobres gentes.

«Causaron lástima á los zuavos, que, á fuer de excelentes mu-

<sup>1</sup> Loizillon, op cit. pág. 16.

<sup>2</sup> Loizillon op. cit. pág. 19.

<sup>3</sup> Loizillon op cit. pág. 46.

<sup>4</sup> Prince Bibesco, op cit págs. 108 y 109.

chachos, sacaron sus provisiones y las compartieron con sus enemigos de la víspera; cuando llegó la orden de que entraran á la población estaban *cuartillo* en mano, empapando trozos de pan blanco en una excelente mezcla de café con refino. ¡Qué desazón que les arrancaran de semejante regalo!

«Por fin entró la tropa y comenzó el desfile, que por cierto no fué largo; pero no habríamos cambiado la más lucida revista en el Campo de Marte por el espectáculo de estos hombres vestidos con anchas pantalonerías abiertas y hechas girones, con chaquetas de gamusa peladas y llenas de agujeros, que muchos tapaban al desgaire con zarapes multicolores, tocados con sombreros de enormes alas y armados—sin sentirse molestos por ello—con pesadas lanzas sin hierro ó con detestables mosquetes. Los ginetes de Gálvez desfilaron *fieramente*, montados en sus caballos trasijados y seguidos por las mujeres y los bagajes, que constituían la retaguardia.»

Y si así andaban los *Macabeos*, los *guerreros de Dios*, los que recibían la *plata vieja* de las iglesias (sin que se les escatimara la nueva) ¿que pasaría con los infelices partidarios del *gobierno metafísico*, de la *legalidad trashumante*, de los *mendigos de Veracruz*? Apenas hay necesidad de decirlo.

El triunfo había acabado con las fuerzas de liberales y conservadores, y mientras estos organizaban apenas guerrillas de latro-facciosos que no tenían orden, ni bandera, ni plan conocidos, los otros se veían en todos los apuros del mundo para castigar á los asesinos de Degollado, de Ocampo y de Valle, y para pacificar medianamente el territorio en que el gobierno ejercía jurisdicción inmediata, pues á menudo venían las gavillas á tirotear los alrededores de la misma capital. En la batalla de Jalatlaco, que fué casi decisiva, no intervinieron siquiera seis mil hombres de los dos bandos; y sin embargo, el gobierno tuvo que hacer grandes sacrificios para levantar los 2,500 soldados que envió á las órdenes de Ortega, y los conservadores se sintieron enteramente desanimados después del golpe.

La causa de ese agotamiento no era un secreto para quienes estaban al corriente de la historia del país: desde el año 48 la había indicado el Sr. Gómez Pedraza en un discurso famoso.<sup>1</sup>

1. Discurso pronunciado por D. Manuel Gómez Pedraza, en la Cámara de Senadores y en favor de la paz con Norte América. Citado por Pimentel. Obras, tomo V pág. 473.

«Las naciones que se lanzan á una insurrección universal, dice, sufren todo género de calamidades: pasado el movimiento reaccionario, se hace sentir el cansancio consiguiente á los extraordinarios esfuerzos impendidos, y queda viva la memoria de los enormes sacrificios que ha costado la empresa; de allí es que una misma generación jamás intenta una segunda independencia en masa. La Francia, en 1793, se alzó contra la tiranía, y decidida y denodada resistió á las fuerzas de toda Europa coaligada contra ella; pues bien, esa misma Francia, en 1814, vió ocupada su capital por los cosacos y permaneció pasiva en la presencia de sus dominadores. La España de 1808 se levantó irritada contra la invasión del Emperador de los franceses, desafió el poder del más fuerte conquistador que ha habido sobre la tierra; sufrió inauditos males en la guerra á muerte que sostuvo; la pérdida de frecuentes batallas no la arredró, y su heroísmo llegó á términos que algún día aparecerá fabuloso en la historia. Pues bien, esa misma, en 1823, se portó indiferente con el ejército de concriptos acaudillados por el pacífico duque de Angulema, quien sin disparar un tiro atravesó la península hasta posesionarse de Cadiz. . . . »

Póngase cualquier guerra agotadora en lugar de guerra de independencia, y el pensamiento de Pedraza no perderá nada de su fuerza, ni de su asombrosa verdad.

Pero Juárez no solo tenía ante sí los obstáculos que le oponían un congreso hostil, un partido contrario poderoso y un país agotado y empobrecido; también llevaba en su pasivo la segregación de elementos que Santa-Anna tuvo siempre en su favor: por una parte, el clero prestaba dinero al gobierno (que iba á combatir al sajón protestante é infame) y por otra, nadie levantaba tropas frente al dictador para ayudar á los invasores. En la intervención, los afrancesados contaban con las monedas, las bendiciones y los aplausos de los obispos, y alistaban por su cuenta tropas que fueran á combatir á las que Juárez ponía en servicio.

Admitamos (aunque mucho podría recortarsele al cálculo) los 50,000 hombres que dice el Sr. Bulnes levantó Santa-Anna en la guerra contra los del Norte. Como la nación no podía dar ni había dado más de esa cantidad (excepto la guerra de independencia y por causas especialísimas que no es de este punto discutir) tomaremos la concedida al Sr. Bulnes y pondremos: